La Hija de Sión
Meditación sobre la Asunción de María desde el Salmo 63 v. 2-6

La Sagrada Escritura nos revela que el particular amor que Dios ha tenido por Israel –la elección, la alianza, los profetas, etc.– se orienta a la Encarnación de su Verbo. Dios escogió a Israel para preparar a su Unigénito una morada entre los hombres. La larga preparación culminó en María de Nazaret; en Ella Dios, en la Persona del Hijo, se hizo hombre por el querer del Padre y la fuerza del Espíritu Santo.

En María la historia de Israel llega a su plenitud. Todo lo que el Espíritu Santo ha obrado en el Israel fiel lo ha obrado también en la Mujer que es la Hija de Sión; y lo ha obrado de modo pleno, porque la «Llena de gracia» no ha puesto nunca el menor obstáculo. Así el Antiguo Testamento se muestra como un gran mosaico con el que el Espíritu Santo va componiendo el retrato de la Mujer elegida desde la eternidad para ser Madre de Dios. Con esta perspectiva vamos a meditar algunas estrofas del Sal 63:

> **Dios, Tú mi Dios; búscote con ansia;**
> **sed de Ti tiene mi alma,**
> **en pos de Ti languidece mi carne, cual tierra seca,**
> **agotada, sin agua.**
>
> **Como cuando te contemplé en el Santuario,**
> **al ver tu poder y tu gloria,**
> **pues tu Amor es mejor que la vida,**
> **te alabarán mis labios;**
>
> **así quiero en mi vida bendecirte, levantar mis manos en tu Nombre.**
> **Como de grasa y médula se saciará mi alma,**
> **y con labios jubilosos alabará mi boca.**

La confesión de fe: Dios, Tú mi Dios abre espacio a la sed de Dios, a buscarle con ansia. El Espíritu Santo pone en la persona humana ese deseo de Dios; sed del alma y del cuerpo, del corazón y de los afectos, de los sentimientos, de la imaginación y de la memoria, de

todo lo humano; sed que sólo Dios puede saciar. Es la sed que nos lleva a buscar a Dios en todas las circunstancias de la vida, a buscar su Amor para corresponderle, a buscar su Voluntad para cumplirla, a buscar complacerle siempre y en todo. Por contra, como nos dice san Juan en la primera de sus cartas, el espíritu del mundo pone en el corazón sed de «lo que hay en el mundo: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas».

El deseo de Dios del Resto de Israel llevaba siglos esperando a quien lo pudiese expresar con plenitud. Esa espera culmina en María. La Virgen ha sentido de modo pleno la sed de Dios. Ella es la “Llena de gracia”, en la que el Espíritu ha obrado sin obstáculo. Su vida hasta el día de la Anunciación ha sido un continuo buscar a Dios –por eso el Ángel confirmará: «El Señor es contigo»–, un continuo pedir a Dios que envíe al Salvador. En esa oración está contenida la sed de Dios de Israel y de todo corazón noble. Me parece que la Encarnación es la respuesta de la Santísima Trinidad a la sed de Dios de María. Como le dice el Ángel, «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios».

La Asunción de María es la plenitud de la respuesta de Dios a la sed de esta Mujer única. Sólo así puede saciar del todo esa sed de Dios del cuerpo y del alma de la que habla el Salmo. La Asunción de María está exigida –si se puede hablar así en el ámbito de la pura gracia– por la sed de Dios que el Espíritu Santo ha puesto en Ella desde su Concepción. Dios no ha defraudado a la Hija de Sión que le ha buscado con ansia.

María intercede ahora –lo hará hasta la Venida definitiva de su Hijo– pidiéndole al Espíritu Santo que nos dé el don de la sed de Dios. Nos enseña así un camino fecundo de oración. Si amamos a nuestra Madre, si queremos aprender de Ella y parecernos a Ella, si no queremos defraudar las esperanzas con las que intercede ante Dios por nosotros, haremos todo lo que esté en nuestra mano para arrancar del corazón la sed de las cosas mundanas y facilitar la acción del Espíritu Santo, para que arraigue en nuestra alma y en nuestro cuerpo el deseo de buscar a Dios en todas las circunstancias de nuestra vida.

Luego el salmista se acuerda del día en que pudo saciar esa sed contemplando a Dios en su Santuario. Ese día vio la fuerza y la gloria de Dios en la liturgia del Templo de Jerusalén:

Así como te contemplé en el Santuario
por ver tu poderío y tu gloria.

El Templo de Jerusalén, que ha tenido una importancia extrema en la Historia de la Salvación, no es la morada definitiva de Dios entre los hombres; es tipo del verdadero Templo de Dios que es la Humanidad de Jesucristo. Nos cuenta Juan en su evangelio que el día que Jesús echó a los vendedores del Templo, «Los judíos le replicaron diciéndole: "Qué señal nos muestras para obrar así?" Jesús les respondió: "Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré". Los judíos le contestaron: "En cuarenta y seis años se ha edificado este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?" Pero Él hablaba del Santuario de su cuerpo». En el hombre Jesús Dios Hijo ha puesto su morada entre los hombres. Ése es el nuevo y eterno Santuario de Dios.

Por eso la Madre de Jesús es la que ha contemplado de un modo único a Dios en su Santuario. Con la gracia del Espíritu Santo, que hizo de Ella la Mujer contemplativa, María vio a Dios en el Niño envuelto en pañales que sostenía en sus brazos. En Belén descubrió que el poder de Dios es el Amor que nos tiene a cada uno; y vio la gloria de Dios resplandecer en el rostro de un niño recién nacido. Luego, en los años de Nazaret, María aprende a ser contemplativa en la vida ordinaria, en el trabajo y en la familia. Hasta que su alma contemplativa tiene que superar la prueba definitiva: en el Calvario, mirando a su Hijo en la Cruz, la Hija de Sión descubre que la gloria de Dios se manifiesta en el Crucificado; que la fuerza de Dios es su compasión por nosotros.

Luego vendrá la Exaltación de Jesús y la Asunción de su Madre junto a Él. Y los ojos de María siguen contemplando, ahora ya plenamente y para toda la eternidad, el Santuario en el que Dios ha puesto su morada: la Humanidad gloriosa de Cristo resucitado. A mí me parece que la Asunción de María está ya contenida en la primera mirada que la Madre dirigió a su Hijo recién nacido. En esa primera mirada hay como un compromiso de Dios: "Llegará

un día en que lo contemplarás en la plenitud de su gloria con estos mismos ojos con que ahora lo miras”. Y nuestra Madre tiene la esperanza de que también nosotros podamos llegar a contemplar a su Hijo Jesús en la plenitud de su gloria; y esa esperanza la mueve a interceder ante Dios y a volver hacia nosotros sus ojos misericordiosos.

María ha sido durante nueve meses el Santuario del Verbo de Dios. Por eso en Ella se manifiesta de modo propio el poder y la gloria de Dios. La fuerza de Dios se descubre como amor de Madre, que da y cuida la vida. Sin condiciones. Ella es el último recurso del pecador más empedernido. Cuando contemplo a María con su Hijo descubro que el Amor de la Santísima Trinidad por mí es Amor de Madre. Ésta me parece la razón por la que el Espíritu Santo ha inspirado tal veneración por las imágenes de la Virgen.

En María la gloria de Dios se manifiesta como belleza. De esa belleza ha nacido el asombroso arte cristiano: los más grandes artistas han creado una belleza inaudita esforzándose por penetrar el misterio de una sencilla mujer de Galilea. La Madre de Dios es una fuente inagotable de belleza limpia, noble, humana; una belleza que se adapta a todas las artes, que vive en todos los tiempos y encuentra su hogar en todas las culturas. Me parece que esto es consecuencia de lo que sucedió en el Calvario. Cuando Jesús dijo al discípulo al que amaba: «Ahí tienes a tu Madre», el evangelista concluye: «Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa». El arte cristiano pone de relieve que la Madre se sabe acogida en la casa de todos sus hijos.

> *Qué incomprensible son los designios de Dios. Y cómo se orientan a la Asunción de María, para que pueda querernos plenamente con corazón de Madre y en la vida de la Iglesia resplandezca la belleza de la gloria de Dios que en Ella se refleja.*

Ahora el salmo nos invita a unirnos a él en una profunda confesión de fe; una confesión de fe que abre espacio a la alabanza:

Pues tu Amor es mejor que la vida,
te alabarán mis labios,
así he de bendecirte mientras viva,
en tu Nombre alzaré mis palmas,
cual de manteca y grasa se saciará mi alma,
y con labios jubilosos alabará mi boca.

Es verdad que el Amor de Dios es mejor que la vida: es de donde brota nuestra vida y sólo en ese Amor podemos fundarla para la eternidad. Todo otro pretendido fundamento es falso; está marcado con el sello de la muerte. Y, ¿a qué vida tenía Dios destinado al hombre? ¿Cómo sería la vida de la persona humana si no hubiera roto la relación con el Amor de Dios? La respuesta es la Asunción de María. La Asunción tiene una extraordinaria potencia de revelación. En María Asunta en cuerpo y alma al Cielo se manifiesta el designio que Dios tenía al crearnos a su imagen. Sólo en Ella, que ha estado siempre unida a la fuente de la vida que es el Amor del Dios Vivo (Jesucristo es Persona divina).

Que el Amor de Dios es mejor que la vida es una gran verdad, pero hay que matizarla porque el Amor del Dios tres veces Santo es pavoroso para el hombre pecador; la santidad de Dios es un fuego abrasador que destruye todo lo marcado por el pecado. Éste es el convencimiento de Isaías el día que contempla la santidad de Dios en el templo de Jerusalén: «¡Ay de mí, que estoy perdido, que soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahvéh Sebaot han visto mis ojos!». Pero en Jesucristo el Amor de Dios se manifiesta como misericordia, amor que perdona, y como compasión, amor que carga con los sufrimientos del hombre. En esa transformación –si se puede hablar así– está el misterio de la Madre de Jesús. Por eso la alabanza de Dios lleva el sello de María.

En las montañas de Judá, en casa de su pariente Isabel, María expresa en el Magnificat la plenitud de la alabanza de Israel y el canto que abre la alabanza cristiana. Hoy, en el Cielo, María sigue entonando ese canto, himno de una belleza noble y profunda al que han puesto música los más geniales compositores; y lo sigue cantando con el mismo corazón y con los mismos labios. La

Asunción es la plenitud de la alabanza de la Hija de Sión. Me parece que se puede decir que la Asunción está ya contenida en el Magnificat. Y ese canto de alabanza de Dios que es la vida de María en el Cielo resuena en la tierra: desde las grandes fiestas del Año Litúrgico de la Iglesia hasta la más sencilla devoción mariana, desde los grandes santuarios hasta la vivienda más humilde, la Virgen inspira en el corazón de los cristianos un ininterrumpido canto de alabanza a la Santísima Trinidad.

Hace algún tiempo se decía que los museos eran los nuevos templos de la sociedad. Enseguida quedó claro que esa afirmación era una ingenuidad: los nuevos templos de la sociedad son los estadios de fútbol –sin perder de vista los lugares de copas, claro–. Pero hay un sentido en que es muy verdadero que los museos son templos: en los buenos museos hay tales obras maestras que tienen el misterio de María como tema que es fácil, al contemplar tanta belleza, que del corazón noble brote un canto de alabanza y bendición de Dios.

Es asombroso el poderoso dinamismo de alabanza de Dios que brota del misterio de una sencilla mujer de Galilea y resuena, siglo tras siglo, en todos los rincones de la tierra. Y lo hará hasta la Parusía. Me parece que para esto inspira el Espíritu Santo el amor a la Virgen en el corazón de los cristianos. Hay gente que opina que el culto a María resta gloria a Dios. A mí me parece exactamente lo contrario. Qué orgulloso tiene que sentirse el Israel fiel, siempre deseoso de que toda la creación alabe a su Dios, de esta Hija de Sión. Todo es Providencia de Dios.